

A C T I T U D E S

S I E T E P O E M A S

Por MARÍA EUGENIA RINCÓN

Tú, más fuerte

*Me llama esta tierra mojada
con una voz ronca. Me grita y me vence.
Porque sé que a ella he de volver un día,
la respiro sin tregua.
Odio y amor le doy con una fuerza
indómita, contraria.
Por ella dejaré de ser. Me alejaré
de ti. Me iré sembrando
por ese polvo estéril.
Y morderá mi corazón, sin prisa*

*Odio y amo a la tierra
con esa fuerza trágica del amor sin fronteras.
Inevitablemente ha de ser mía;
me alejará de ti.
¿Alejarme de ti podrá la tierra?
Pero si tu intentaras, amor,
con tu fuerza de potro ávido y joven
bollar su polvo, berirla, taladrarla,
hasta alcanzar mi mano
y besármela como tú solo sabes,
como tú me la besas cuando duerme en tus dedos,
vencerías el polvo.
No odiaría a la tierra mi corazón. Tendría
una vena vacía el barro, para amarte.
Tú, más fuerte, ob amor, vencerías la tierra.*

Rosa de los vientos

*Abro mi corazón
como un capullo al viento
para que tú la aspires.*

*¡Ay, amor! Déjame descansar
por una sola vez
en tu brazo,
que he perdido mi norte
y no puedo encontrarlo.*

*Por una sola vez tengo parada
mi rosa de los vientos
y se juntan los puntos cardinales
hasta ignorarse.*

*Late mi primavera
precipitadamente;
sacúdete con fuerza
y sigue su llamada,
que sólo este momento
—que no volverá nunca—
puedo darte.*

*Amor, amor, amor
por los cuatro puntos
que se confunden.*

*Un instante tan sólo;
la rosa de los vientos
volverá a girar pronto,
y apuntará con fuerza
—dolorosa verdad—
al norte que he perdido.*

Hacia ti

*Indefectiblemente hacia ti,
hacia ti, siempre.
Como el agua a la tierra
como el sol al ocaso
y el hombre a la muerte
Yo siempre a ti.
Esclavizada
a tu presencia, a tu aliento,
a tu recuerdo.
Soy una figura de papel
impelida por un extraño viento
que me lleva a ti, recreándose,
pegándome a tu sombra.
Y sé bien que eres el dolor y la vida,
la gloria y el crepúsculo,
el júbilo y la muerte,
pero voy hacia ti.
Con hambre de ti, con sed de ti,
con un suplicio infinito de ti.*

*Sé que es mi propia vida la que abogo
en este incesante caminar
que me lleva más lejos cada vez
cuanto más te me acerco
—lejana de mí misma,
lejana de mi voz y de mi propio latir—,
pero sigo, sigo indefectible.*

*Sonámbula voy, avanzando
de puntillas por ese mundo oscuro
que marcas con tu dedo,
mirando sólo ese punto luminoso
que surge de tu mano milagrosamente
y triunfa en la tiniebla*

de mi camino errante
y me alucina y vence

Limita mi cuerpo un corazón que ignoro,
que sé tuyo de siempre,
de antes de mí tal vez.

—¿También antes de mí ya fueron tuyos
estos ojos que te siguen, absortos,
y me duelen tanto, tanto,
por tí?—

Hombre. Vigoroso, seguro,
es tu propio silencio y tu palabra.
Sigue marcando el signo de mi vida
como mi propio dios,
sobre mí, siempre.

Seguiré el hado inmovible
con la loca desazón
de los alucinados,

hasta que sangren mis pies
y me vaya gastando toda
de tanto rozar la tierra.

Hasta que, por seguirte,
sea mi propio corazón
el que siga caminando.

Mis ojos quedarán siempre en alto,
porque tu luz inmensa

—imán prodigioso, inverosímil—
los alza.

Pero tú, ten piedad de mí,
y párate algún día
cuando me veas sangrando
de tanto caminar.

¡Déjame que te roce alguna vez!

¡Ay amor, amor,
qué implacable es tu signo!
Con esa fuerza indestructible y ágil
de mi vida
hacia tí. Siempre.

Más alta cada vez

Estoy en ese borde que separa
el cielo de la tierra. Si me rozas,
amor, de eternidad serán tus dedos.
No te conformes, no, con la sedosa
cabellera de fuego. Mira arriba.

No quieras estos besos solamente
que mi pasión salvaje va creando.
No quieras ¡ay! el roce de esta mano
ni el abrazo total que te destruye.
Busca, busca más alto. Has de hallarme
herida por el ala de algún ángel,
saltando, una a una, las estrellas,
o bebiendo la luz del universo.
Tengo sed de imposible. Tú me obligas.
Por ti quiero alcanzar esos caminos
misteriosos del aire. Quiero verme
más alta cada vez. Eterna y pura.
Desprendida de mi, sin este cuerpo
que se encadena al tuyo, irremisible.
Sin este peso vivo de la carne.

Herida estoy de ti. Súbeme, amado,
más alta cada vez. Bésame el alma
hasta hacerla visible. Seré entonces
—recuerdo de mujer, suspiro de ángel—
tu eternidad, tu gloria, tu destino.

Tierra secreta

Puedes aprisionarme entre tus manos,
hombre, mundo, dolor, como te llames;
pero, ¿y el corazón?
Por más que ciñas esta carne
y la cubras de besos o de odio,
aquí dentro no alcanzas.
Aquí estoy yo, desconocida y sola.
¡Oh, la risa loca, el grito
estridente, coronando
el monótono repetir de la vida!
Engaño es solamente.
En mi tierra secreta dan las horas
—agitadas o lentas—
sin que suenen al mundo.
¿Qué es lo demás?
¿Quién puede dominar mi latido?
El pulso de mi sien ¿quién puede oírlo?

Pero pesa mi tierra
en esta soledad que me persigue, fija,
burlándose de mí
como mi propia sombra.
¡Qué consternación
navegar entre dos mundos
tan distintos! ¡Tan honda
me siento
la raíz de mi tierra secreta
atravesarme el alma,
taladrarme a su antojo
días, noches, siglos!...
Lo demás todo es mío. Puedo
alcanzar mil cosas con mis manos.

El mar, si quiero, logro:
penetro en él. Bebo y respiro
aire. Tu caricia, tu boca
puedo tenerlas hoy, en este instante,
pero ¡ay! tu corazón
nunca podré estrujarlo con mis manos.

Yo, como el mar

Hombre mío. Tú, total, que concentras
en ti solo la luz del universo.
Tú, la vida. Hombre. Sueño. Dios.
Tu futuro está en mí. Me corre por la sangre
hecho grito de amor. Lo llevo entre mis ojos
cantando día a día. Maravilloso y terso
me crece—ya esperanza—entre los dedos.

No hay muros infinitos que contengan
este caudal de amor que se desborda.
Es más fuerte que el mar cuando, llevado
por la ira de un dios, rompe, desata,
destruye y crea; y yo soy ese mar
que va a ti, invariable, destruyendo
lo que encuentro a mi paso.
Tú eres esa tierra prometida
que te ibas consumiendo antes de que llegara
a mojar tus riberas. Con la fuerza del mar
he roto, he destruído y he creado.
Todo fue necesario para llegar a ti.

Yo veía mis olas—sonrisa innumerable—
constantes y seguras en su movilidad;
pero llamó tu tierra con un grito violento
y no pude evitarla.
Salté por las rocas abruptas,
escarpadas. Dañé mi carne acuosa
y fui dejando jirones de mi vida

perdidos en la dura corteza.
 Y llegué al fin a ti.
 Ningún dolor ¡ay! fue en demasía.
 Ni un salto, mortal. Llegué inundando.
 Desparramada en ti. Agua sobre tu tierra.
 ¡Qué isla prodigiosa surgió entonces!
 Te toqué y ya eras mío. Hoy te baño
 la mirada dormida. Te cierran
 mis aguas tranquilas—otrora rugientes—
 eternamente alerta, vigilantes.

Eres la isla perdida en medio de mi océano.
 Nadie podrá llegar. Tú mío. Como el mar
 yo, movable a tu lado. Cantando
 por los siglos mi canción de amor
 eternamente igual. Siempre distinta.

Sólo un árbol

A José Manuel Blecua

¿Más allá de la muerte?
 Sólo un campo vestido de hierba.

Más allá de la muerte sólo un árbol,
 creciendo más y más, creciendo siempre.
 Y la raíz bebiendo de mis ojos
 —mis ojos hechos savia, navegando
 hasta mirar el aire—. Y la raíz,
 mis manos, nutriendo verdes hojas
 para tocar el aire, siempre el aire.
 Y la raíz, mi boca, fresca, viva,
 que se me irá escapando, loca, al aire.

Sólo un árbol, la muerte. Todo y nada.
 Sólo un árbol al viento, amigo. Un árbol.